

Jacinto Jijón y Caamaño: un texto en los orígenes de la arqueología del Ecuador (1910)

Daniel Schávelzon, 2003¹

Conicet, Buenos Aires

Centro de Arqueología Urbana, Universidad de Buenos Aires

Hewlett Founding Visiting Latin American Scholar,

Center for Latin American Studies, Pittsburgh

Una hoja escrita por Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950) entre los años 1909 y 1910, una más en la inmensidad de sus escritos, me llevó a reflexionar sobre los años iniciales de la arqueología en Ecuador. Y en los años en que Jijón decidió dedicarse a investigar el pasado, lo que hizo tanto desde la arqueología como entre los documentos históricos. Y a usar las interpretaciones que iba estableciendo para accionar sobre su presente, para su larga militancia política conservadora. Una personalidad notable en la que no hay manera de separar pasado y futuro en un presente militante que construyó y que lo reconstruyó hasta su muerte. Parece no resultar algo casual que sus mejores investigaciones fueron hechas en el exilio.

El interés en la obra de Jijón surgió entre 1976 y 1977 estando exilado en Quito, cuando excavé en algunos sitios arqueológicos en la zona de Manta (Manabí), y de manera específica en Jaramijó², cerca de donde tanto antes lo había hecho Jijón. Era mi primera experiencia autónoma, enviado solo, por el Museo del Banco Central de Guayaquil, con un presupuesto demasiado ajustado y nada más; y que hiciera lo que pudiera hacer. No fue una experiencia sencilla, cortada antes de poder finalizarla, frustrada porque no se pudo estudiar los materiales arqueológicos por la huelga universitaria que duró un año, y que me llevó a salir del país.

Jaramijó estaba cerca de donde había excavado Jijón en 1917 y en 1923, dejando excelentes notas en varios cuadernos que el Padre José María Vargas guardaba en la Universidad Católica de Quito. Me los enseñó y me impulsó a hacer público que allí estaban³. Vargas era una personalidad notable y me puso en contacto con Carlos Manuel Larrea, en ese momento con ochenta años, primo de Jijón y con quien hicieron las primeras experiencias arqueológicas. Larrea me facilitó algunos recuerdos y su mirada a las décadas de 1910 y 1920, también algo sobre el viaje a Manabí; fueron datos a veces confusos pero de los que soy deudor dado que yo era un desconocido adolescente extranjero de 25 años.

Es probable que el lector no encuentre aquí nada nuevo dada la cantidad de textos que existen sobre la historia de la arqueología ecuatoriana. O extrañará más documentos para relacionar el texto que citamos con otros de su momento, pero estas reflexiones fueron hechas después de esa experiencia, en el año 2003, lejos del Ecuador, y surgieron al ver ese escrito que tiene la virtud de ser una anotación personal no hecha para ser publicada. El posterior encierro durante la pandemia de COVID y la difusión de la tesis de María Elena Bedoya, quien ha

¹ Actualizado en 2021.

² D. Schávelzon (1981), *Arqueología y arquitectura del Ecuador prehispánico*, UNAM, México.

³ *Los trabajos de Jacinto Jijón y Caamaño en Manabí (1917-1923)*; conferencia en el Museo J. Jijón y Caamaño de la Universidad Católica del Ecuador, Quito, 22 de abril de 1977, en: D Schávelzon (1981), *op. cit.* pp. 133-140.

profundizado la historia de la arqueología andina, al igual que otra bibliografía reciente⁴, lo que me motivó a recuperar este escrito y a confrontarlo con la nueva bibliografía, e incluso con la ya existente⁵.

La lectura de Jijón al libro de Federico González Suárez

En la biblioteca Hillman de la Universidad de Pittsburgh, heredera de los fondos documentales y publicaciones de la Institución Carnegie en sus años de actividad arqueológica, hay sorpresas. Una de ellas fue encontrar una edición del libro de Federico González Suárez (1844-1917) llamado *Los aborígenes de Imbabura y Carchi*⁶, en el que la encuadernación incluye dos portadas: la primera de la edición de 1908, y la segunda de 1910. Lo insólito es que la introducción al libro el autor la firmó en un año intermedio: 1909. Esto no resulta extraño para aquella época ni con el Monseñor que hacía varias ediciones de cada libro, a los que les agregaba cambios y ampliaciones. Eso era habitual en un país aun sin editoriales ni instituciones para estos temas. Y esos detalles no se los indicaba, sólo se lo hacía. Lo mismo haría Jijón y tantos otros autores con múltiples ediciones de una misma obra porque era la única manera de reproducir un texto, y poder pagarlo con tiradas cortas. Uno de los cambios con la generación siguiente sería el estricto control de cada edición.

El interior del libro tiene una primera hoja en la cual hay un texto que atribuimos a la mano de Jijón y Caamaño, acompañado de notas menores en los bordes del libro. González Suárez había comenzado a publicar ese libro en secciones en 1902 y encontramos tres ediciones casi idénticas⁷.

Esta historia, al revisar ese escrito, entra en un momento significativo del nacimiento de la arqueología del siglo XX en América Latina, al que las grandes historias continentales han

⁴ M. E. Bedoya Hidalgo (2008). *Exlibris Jijón y Caamaño, prácticas del coleccionismo y universos del lector 1890-1950*, Banco Central del Ecuador, Quito; (2016). *Antigüedades y nación: Prácticas del coleccionismo, agencia intelectual y sociabilidades científicas. Historias cruzadas desde la región andina (1890-1920)*, Tesis, Universidad de Barcelona https://scholar.google.com/citations?view_op=view_citation&hl=es&user=5CE4tyoAAAAJ&citation_for_view=5CE4tyoAAAAJ:9yKSN-GCB0IC

⁵ B. Meggers (1996), *Personas y dilemas en la arqueología ecuatoriana*, Abya Yala, Quito (J. Echeverría Almeida, edit.); Jorge Marcos (1998), *Max Uhle y la arqueología del Ecuador: precursor, investigador y profesor*, pp. 197-215 <https://www.yumpu.com/es/document/read/9174544/max-uhle-y-la-arqueologica-del-ecuador-ibero-amerikanisches->; R Hartmann, G. Itzstein, D. Kupferschmidt, H. Prümers (2005). *Bibliografía básica sobre la arqueología del Ecuador*, Bonner Amerikanistische Studien 18, Bonn; C. di Capua (1962). Sinopsis de la arqueología ecuatoriana basada en las investigaciones de Emilio Estrada, *Ciencia y naturaleza* V-3: 55-58; J. Idrovo (1990). *Panorama histórico de la arqueología ecuatoriana*, edición del autor, Cuenca; E. Salazar (1994). 25 años de la arqueología en el Ecuador, *Procesos* 5: 5-25; F. Valdez (2010). La investigación arqueológica en el Ecuador, reflexiones para un debate, *Revista del patrimonio cultural* 2: 6-23; M. J. Jarrín (2021). La red erudita de Paul Rivet en el Ecuador: agentes, saberes y objetos, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 99-206: 145-168; G. Bustos (2017). *El culto a la nación, escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador 1870-1950*, Fondo de Cultura Económica y Universidad Andina, Quito.

⁶ F. González Suárez (1910). Los aborígenes de Imbabura y del Carchi; investigaciones arqueológicas sobre los antiguos pobladores de las provincias del Carchi y de Imbabura en la República del Ecuador, *Anales de la Universidad Central* 118.

⁷ F. González Suárez (1878). *Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la provincia del Azuay en la república del Ecuador*, edición del autor, Quito; (1890-93). *Historia General de la república del Ecuador y Atlas arqueológico ecuatoriano*, 9 vols.+ atlas, edición del autor, Quito; (1892). *Investigaciones arqueológicas sobre los aborígenes del Carchi y de Imbabura*, edición del autor, Quito;

dejado de lado o citado lateralmente⁸. No se lo hecho casualmente, fue parte de la construcción de una genealogía de lo que se consideró la *modernidad*, dejando de lado a los países no centrales. Fue una evolución de la ciencia hecha desde productores a consumidores de teorías y métodos en un universo neutro en lo social y lo político. Hoy entendemos que el surgimiento de la arqueología en América Latina, al menos este es nuestro recorte, está indisolublemente unida al nacionalismo, la construcción de la identidad y al poder político; historiarla de manera autónoma, como ciencia neutra, no termina de explicarla.

En esos años anteriores a 1910 quien estaba más activo en el reconocimiento del pasado indígena era González Suárez. Era un religioso embebido en la mirada tradicional de los naturalistas del siglo XIX y en la apologética cristiana heredada de los Jesuitas del siglo XVIII, no casualmente idolatraba al padre Juan de Velasco y su imaginario Reino de Quito. Discutió a Velasco en su quehacer de historiador, eso es cierto, pero finalmente le seguía dando entidad y respeto como religioso; había sido el primer constructor de lo que sería una historia nacional por ser anti española.

González Suárez fue una personalidad notable de inusitada capacidad productiva, que representó el momento clasificatorio-descriptivo del cambio entre los siglos XIX y XX⁹. Fue el hacedor de la imagen de la nacionalidad ecuatoriana independiente, responsable de darle al imaginario solidez en el relato del mundo precolombino y de la ruptura con España, sin dejar de mostrar la supremacía española y católica. Hubo un mundo maravilloso que justificaba las acciones del presente –o pasado inmediato-, pero ahora se estaba en un mundo mejor, el conservadurismo católico. Hacer historia era sostener un presente. Exaltar el pasado, glorificarlo, servía para sentar las bases de la nacionalidad, de la identidad, separada de otros países. Ecuador era la herencia del Reino de Quito, independiente de Perú y de Colombia lo que era más que importante. Era necesario consolidar la identidad en un pasado glorioso, y si no era ese Reino lo sería otro, el que la arqueología pudiera construir mezclando hallazgos de oro y notables cerámicas, más las crónicas y las herencias lingüísticas. Los grandes personajes del pasado fueron los cañaris, a los que se les dedicó tanta bibliografía incluso por Jijón y Caamaño, porque era necesario que ese mítico reino estuviera en la sierra y no en la costa.

Como persona inteligente, Jijón vio el ingreso y difusión de una nueva forma de hacer arqueología, llegada desde Europa y Estados Unidos. En su época ya existían algunas publicaciones que traían una mirada diferente a la de su maestro. Entre 1907, en que comenzó con este tema, y 1912 cuando viajó a Europa, se habían editado las obras de Marshall Saville sobre Manabí, hechas por quien a partir de ese año estaba a cargo de las colecciones del nuevo Museo del Indio Americano en Nueva York y que lo hizo en varios libros¹⁰. También habían

⁸ D. Schávelzon (2006), *Gordon Willey y su Historia de la arqueología americana a treinta años de distancia: una mirada a América Latina, lo que había y lo que hay*, ponencia en The Gordon R. Willey Symposium in the History of Archaeology, 71° Encuentro de la *The Society for American Archaeology*, San Juan de Puerto Rico. <https://www.danielschavelzon.com.ar/?p=522>

⁹ G. Willey y J. Sabloff (1974). *A History of American Archaeology*, Thames & Hudson, Londres. Para una crítica esa Mirada véase la Nota 18.

¹⁰ M. H. Saville, (1907-10). *The Antiquities of Manabí, Ecuador*. 2 vols, The Museum of American Indian, Nueva York; (1910). *Archaeological Researches on the Coast of Esmeraldas (Ecuador)*, *XVI Congreso Internacional de Americanistas*, II: 331-345, Viena; (1913). *The gold treasure of Sigsig, Ecuador*, Contributions of the Museum of American Indian I- 2, Nueva York; (1913). *Precolumbian decoration of the teeth in Ecuador, with some account of the occurrence of the custom in other parts of North and South America*, *American Anthropologist* XV-3: 377-394; (1924). *Ancient smoking pipes from Ecuador*, *Indian Notes and Monographs* I- 2: 63-69, Museum of the American Indian, Nueva York; (1925). *Smoking Pipes from La Tolita*, *Indian Notes and Monographs* II-1, Museum of the American Indian, Nueva York; (1925). *Minute gold beads from La Tolita*, *Indian Notes and Monographs* II-1, Museum of the American Indian, Nueva York.

escrito en o acerca del Ecuador investigadores reconocidos como Anatole Bamps publicando los objetos que existían en el Museo Real de Bruselas (había hecho aportes anteriores) y acerca de las ruinas de Tomebamba¹¹, al igual que lo hizo Luigi Pigorini con los que había en Roma¹², George Dorsey en la isla de La Plata¹³ en lo que fue el primer trabajo arqueológico en un sentido moderno en Ecuador, aunque muy modesto en su alcance, Paul Rivet había comenzado estudiando indígenas y lenguas en Riobamba¹⁴, y Eduard Seler estuvo con los Colorados¹⁵. Había para ese momento un nuevo circuito de relaciones internacionales, Seler, Dorsey, Rivet, Verneau, Saville eran personas conocidas internacionalmente al igual que sus instituciones. Pero lo notable de Jijón, y ese fue un marcado rasgo de modernidad, fue que estaba atento a todo lo que sucedía en el mundo en este tema, y con su poder le era simple acceder a ello. Quizás otros hubieran querido hacerlo pero no era simple estar actualizado en la compra de libros en el exterior.

González Suárez había comenzado a establecer un primer circuito de interesados, y Jijón lo haría de nuevo y lo usaría de manera constante para sus colecciones, contactos y excavaciones. Ya no se podía trabajar aislado. Obviamente en el inicio del siglo XX lo que más atraía, después del oro, eran los Jíbaros en la Amazonia, ambas cosas valiosas para los coleccionistas y museos, y más para la difusión al público en general, no los fragmentos de cerámicas. Las monografías extranjeras eran publicaciones rigurosas, bien ilustradas, donde cada objeto merecería atención aunque no fuera de oro, indicando el lugar del hallazgo y los datos disponibles; para fin del siglo XIX muchos aun discutían sobre las lenguas y las crónicas, pero otros se interesaban en los objetos incluso menores. Las publicaciones nuevas eran escuetas, todo se presentaba de manera ordenada, sistemática, clasificada, aunque sin contexto ni explicación demasiado profunda. No había separación entre coleccionar en la casa, hablar de nacionalismos, enviar objetos al exterior y excavar por mano propia para obtener información, incluso no importaba que los datos llegaran de terceros interesados en vender su saqueo. Pero no era lo mismo presentar los objetos como dibujos sin escala, que fotografiar a cada uno y a veces por sus cuatro lados, publicados en hoja a color.

Jacinto Jijón y Caamaño, heredero de una de las familias más ricas y poderosas del Ecuador, desde joven estuvo interesado por el mundo de la historia, el arte y en especial por el pasado lejano. Vivió ese momento de transición en la ciencia y en la política nacional y a los 16 años, según parece coincidir la bibliografía, conoció a González Suárez quien debió haber visto al joven hijo de un gran amigo, Manuel Jijón, el padre de Don Jacinto, como su sucesor que lo continuaría tanto en las ideas conservadoras como en su pasión histórica y arqueológica. Pero el Monseñor era un hombre de otra época y tenía 72 años en ese momento. No hemos encontrado bien definida la conexión personal entre González Suárez y Jijón más allá de las

¹¹ A. Bamps (1879). Les Antiquites Equatoriennes de Musee royal d'Antiquites de Bruxelles, *Congres International des Americanistes* II: 47-143. Bruselas; (1887). *Tomebamba: Antique Cité de l'Empire des Incas*, Imprenta Lefever Frères et Soeur, Lovaina.

¹² L. Pigorini, Di alcuni oggetti etnologici dell' Ecuador posseduti del Museo preistorico ed etnografico de Roma, *Atti de' Lincei* VII: 36-46.

¹³ G. Dorsey (1901), *Archaeological Investigations on the Island of La Plata, Ecuador*, Field-Columbian Museum, Anthropological Series II- 5: 248-280.

¹⁴ Paul Rivet compraría colecciones arqueológicas incluyendo la de González Suárez para el Trocadero, sería un personaje reconocido en Ecuador e influiría en Larrea para hacer estudios "craneológicos" que no pasaron de juntar cráneos. Su gran obra fue: R. Verneau y P. Rivet (1912), *Ethnographie ancienne de l'Equateur*, Gauthier-Villars, Bureau des Longitudes, París; R. Verneau (1907). Les collections anthropologiques ecuatoriennes du Dr. Rivet, *Journal de la Societe des Americanistes* 4: 209-224.

¹⁵ E. Seler (1902). Notizen viber die Sprache der Colorados von Ecuador, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Alterthumskunde* I.: 3-64, Berlín.

referencias que tratan de construir una continuidad mecánica entre uno y otro¹⁶. Es evidente que su relación era estrecha pero lo que él anotó en el libro que vamos a comentar parece abrir una puerta en cuanto a que ese contacto no debió ser tan cotidiano.

No vamos a explayarnos sobre las interpretaciones del pasado que estaban en juego en ese momento, cosa que ya ha hecho la historia de la arqueología del país¹⁷, aunque sí destacar que era un momento de transición entre el anticuarismo coleccionista y descriptivo, con lo sistemático que implicó la estratigrafía, esa nueva metodología académica que se difundía desde las universidades de Estados Unidos. La idea que primaba era establecer la cronología de las culturas precolombinas, cuya profundidad en el tiempo era obvia, y ya no seguir con lo que estuvo presente en la conquista española en una historia plana de unos pocos siglos a lo sumo. Lo que estaba extendiéndose era el método considerado científico e infalible, con la observación detallada de la cerámica, la cartografía de cada sitio, el establecer correlaciones cronológicas y observar bien la dispersión de los objetos en cada sitio registrada tridimensionalmente. Jijón lo diría agriamente en una carta a Max Uhle hablando de Saville: “sobre cronología, es verdad, no se aprende mucho de su libro”¹⁸. No vamos a achacarle a Jijón que su primer librito, de nueve páginas de texto, sobre lo hallado en el Itschimbía (luego escrito Itchimbía)¹⁹, estaría dedicado a Saville y no habría más que una referencia a una secuencia de capas en donde estaba la tumba; en cambio los objetos se editaron en hoja completa para cada uno. El texto de Jijón no avanzaba ni siquiera sobre el trabajo pionero de Dorsey de veinte años antes, pero sus métodos cambiarían rápido después del Congreso de Americanistas de Londres de 1912 donde vería lo que pasaba en el mundo.

Tampoco podemos entrar –y esto no ha sido estudiado- en los circuitos y personalidades del país, no destacados. Los que no lo fueron porque no pertenecían a la aristocracia local, o porque no pudieron trascender por falta de recursos, o la inexistencia de una posibilidad académica en localidades alejadas del centro, o que solo formaron los círculos en torno a esas personas notables, eran sus informantes, amigos, los coleccionistas locales. Sin ellos todo les hubiera sido más difícil, en especial en hacer la difusión de la arqueología. Lo que llamamos *arqueología criolla*, la que raramente se toma en cuenta en la bibliografía preocupada por los héroes –aunque se los desmitifique-, y no por la segunda o tercer línea, como los maestros de escuela que transmitían lo poco que podían encontrar para leer, o los saqueadores que iban entrelazando uno y otro coleccionista, los que sabían dónde estaba una ruina o una tumba²⁰. Y ni hablar la relación o falta de ella, con los indígenas, continuadores de lo que estaban excavando, que mantenían mitos, tradiciones y conocimientos construidos desde su propia experiencia social. ¿Quiénes podía saber más sobre ellos mismos? Pero como la arqueología precolombina, por definición, fue la apropiación de la cultura de unos por otros, la idea siquiera de consultarlos era impensable.

El estudio del pasado antes de 1900 era el de los grupos étnicos vistos desde los datos históricos, asumiéndolos como un *algo diferente a nosotros* y considerados como inmersos en

¹⁶ Gabriela Rivadeneira (s/f). Jacinto Jijón y Caamaño, entre la modernidad y la tradición, <https://archivohistorico.quito.gob.ec/wp-content/uploads/2022/08/jacinto-jijn-y-caamao-entre-la-modernidad-y-la-tradicin-gr.pdf>; M. E. Bedoya (s/f). *Jacinto Jijón y Camaño y Max Uhle entre arqueología y coleccionismo en el Ecuador, 1910-1925*; J. M. Vargas (1971). *Jacinto Jijón y Caamaño: Su vida y su museo de arqueología y arte ecuatorianos*, Santo Domingo, Quito; F. Delgado Espinoza (1997). Jacinto Jijón y Caamaño, *Encyclopedia of Global Archaeology*, https://www.researchgate.net/publication/330357255_Basic_Biographical_Information

¹⁷ Ver nota 15.

¹⁸ M. E. Bedoya (2008) op. cit.

¹⁹ Jacinto Jijón y Caamaño (1912). *El tesoro del Itschimbía*, J. Bale and Sons & Danielsson, Londres.

²⁰ D. Schávelzon (2006). Op.cit.

un ineludible proceso de desaparición, era posible estudiarlos, apropiarse de ellos y utilizarlos. Y más que nade separar al indio antiguo del moderno, al grado que el anterior a la conquista podía ser exaltado porque estaba muerto, mientras que el de su momento podía ser explotado porque era un ser inferior, una humanidad decaída e involucionada como tanto antes pregonaba Herbert Spencer. Y con eso podían ser excluidos del presente ya que eran sólo pasado. Y un pasado expresado en monumentos, tumbas y objetos, no había continuidad ni herencia; y por las dudas tampoco nadie lo preguntaba. Era la apropiación del legado del otro para construir el de la nueva entelequia: el *Estado de todos*.

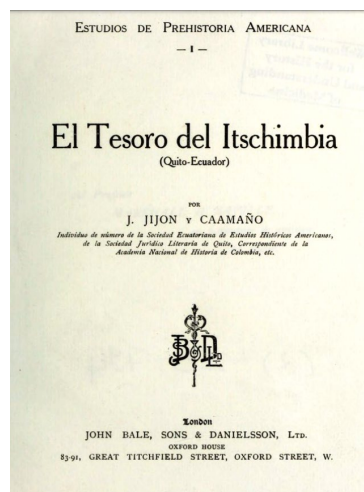


Figura 1. Primer libro publicado por Jijón en 1912 a su llegada a Londres, en una serie que no tuvo continuidad.

Jijón, en esos años juveniles, estudió Derecho en la Universidad de Quito, y por su formación familiar en 1909 comenzó a participar del Centro Católico de Obreros del arzobispo, que lo acababa de crear. Para algunos fue miembro, para otros fue uno de los fundadores en 1906 junto con Manuel Sotomayor y Luna, Julio Tobar Donoso y Carlos Larrea. Con el tiempo llegaría a presidirlo; pero lo interesante es que ahí se definiría lo que más tarde sería su militancia política basada en la modernización conservadora –aunque suene contradictorio–, de la encíclica *Rerum Novarum*. Fue el intento del poder católico de mantenerse pero actualizándose, entendiendo la realidad social y actuando sobre ella sin modificar sus bases económicas.

Pareciera que su primera contribución escrita, aunque inédita, fue hecha en octubre de 1909 en un texto titulado *Contribuciones al conocimiento de la arqueología ecuatoriana. Algunas tolas*²¹ de la parroquia de Urcuquí (provincia de Imbabura). Era el resultado de una excavación hecha en una de las haciendas familiares. Regresaría para seguir excavando allí en 1916 y para reunir lo necesario para publicar más adelante los resultados finales²². Jijón se iniciaba en el método de excavar en el campo y no sólo escribir sobre objetos de otros, o sobre relaciones históricas. Siguiendo a su maestro entendía que lo importante era la observación empírica, y más aun el excavar por mano propia. Para esos años había formado una colección arqueológica y de arte que varios especialistas del exterior habían reconocido como valiosa,

²¹ Es la manera en que son llamados los montículos arqueológicos en Ecuador.

²² J. Jijón y Caamaño (1912/4). *Contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura*, Madrid; luego ampliado en: (1920). Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura, *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* 4-10: 1-120 y 4-11: 183-245; (1933). Estudio sobre las civilizaciones del Carchi e Imbabura. Quito; las antiguas civilizaciones del Ecuador y Perú, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 13: 36-39.

por no decir que fue monumental. Ver las fotos de época, y lo que hay ahora en el museo, es impresionante y muestra la capacidad económica que tenía. La contradicción entre ser arqueólogo, en cuanto a hacer las cosas por mano propia, y a comprarles a los saqueadores, parece no haberlo afectado nunca.

En 1909 también se fundó la *Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*. Los miembros de número eran Luis Felipe Borja (h), Alfredo Flores Caamaño, Cristóbal Gangotena, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea, Aníbal Viteri, Juan León Mera, Issac Barrera, Celiano Monge y José Gabriel Navarro. Se nombró a González Suárez como director vitalicio, que lo fue hasta su fallecimiento en 1917. Y había una lista de miembros de las ciudades del resto del país. Para poder concretar estudios que superaran lo individual –gesto de modernidad-, el grupo entendía que se necesitaba una institución que los uniera, prestigiara y representara, que respaldara su trabajo. Y fue Jijón quien al ser el nuevo presidente inauguraría el *Boletín* en 1918. Sólo cabe entender el esfuerzo para reunir a toda esa gente, incluso con quienes se dedicaban a cuestiones cercanas como la literatura o el arte, o los que hoy llamaríamos *amantes* del tema, de variadas edades. Fue un trabajo hecho por el Monseñor con quienes tenían en común, además de su interés por el pasado, era su postura ideológica, política y religiosa, y familias tradicionales. Jijón la transformó en Academia Nacional poco después: ellos serían los que establecerían cuál era y cuál no era la verdadera historia nacional.

Durante el año 1910 Jijón había excavado un sitio llamado El Quinche en su hacienda El Molino, pero poco después fue nombrado cónsul adjunto en La Paz, Bolivia. Con ese viaje pudo conocer la arqueología de aquel país, en particular Tiahuanaco, y en Perú sabemos que estuvo en Cuzco a donde regresaría a vivir por un par de años durante su posterior exilio. La importancia de conocer lo incaico fue un hito en su formación ya que usaría esos conocimientos para identificar la presencia inca en Ecuador.

El texto de Jijón y Caamaño

Jijón accedió entre 1909 y 1910, al libro de González Suárez sobre Imbabura. En una primera hoja en blanco anotó (aceptando que la hizo él, ya que no está firmada, aunque la letra parece ser la suya):

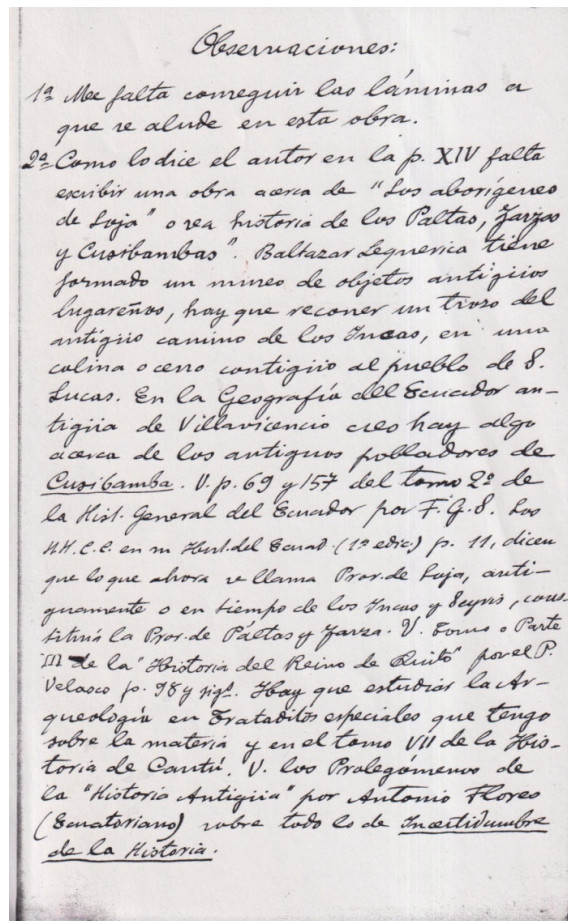


Figura 2. Página escrita en el inicio del libro de González Suárez (Cortesía Hillman Library, Pittsburgh University).

Observaciones:

- 1o. Me falta conseguir las láminas a que se alude en esta obra.
- 2o. Como lo dice el autor en la pag. XIV falta escribir una obra acerca de los "Aborígenes de Loja", o sea historia de los Paltas, Zarzos y Cusibambas". Baltazar Leguerica tiene formado un museo de objetos antiguos lugareños, hay que recorrer un trozo del antiguo camino de los Incas, en una colina cerca del pueblo de S. Lucas. En la Geografía del Ecuador antiguo de Villavicencio creo hay algo acerca de los antiguos pobladores de Cusibamba. V. P. 69 y 157 del tomo 2º de la His. General del Ecuador por F. G. S. Los H. H. C. C. en su Historia del Ecuador (1ra. Edición) p. 11, dicen que lo que ahora se llama Prov. de Loja, antiguamente o en tiempo de los Incas y después, constituiría la Provincia de Paltas y Zarza. V. forma o parte (¿...?) de la "Historia del Reino de Quito" por el P. Velasco pag. 98 y sig. Hay que estudiar la arqueología en trataditos especiales que tengo sobre la materia y en el tomo VII de la Historia de Cantú. V. los Prolegómenos de la "Historia antigua" por Antonio Flores (Ecuadoriano) sobre lo de Incertidumbre de la Historia.

Este escrito indica que Jijón no tenía todas las publicaciones de su maestro ("Me falta conseguir..."), y que estaba interesado en Loja y la región serrana, no aun en costa. También

que conocía la geografía regional y la existencia de algunas colecciones como es el caso de Lequerrica²³. En la introducción del libro el arzobispo había escrito:

“Mucho hay todavía que estudiar en el territorio ecuatoriano: comarcas enteras están todavía inexploradas, y son terrenos intactos, donde la arqueología no ha puesto hasta ahora la mano. La provincia de Loja es casi desconocida, y merece un estudio particular”.

Eso fue lo que destacó Jijón en su escrito. Pareciera que el autor predestinaba el futuro de su discípulo porque escribió a continuación: “mayor atención reclama toda la zona del litoral donde es muy poco lo que se ha estudiado”. Hacía allí iría Jijón en 1917 y nuevamente en 1923.

Jijón se refirió a Antonio Flores de quien aclaró que era ecuatoriano, y a una posible publicación sobre historia. No sabemos de quién se trataba aunque es posible que haya sido su abuelo; fue un importante político, militar, escritor e historiador que llegó a ser presidente del país. Pero no se entendería el porqué destacó que era ecuatoriano.

Pensar a Jijón en Quito y a su espíritu inquieto para seguir en las investigaciones de González Suárez implica también entender su contexto: ¿qué era la arqueología en América Latina entre 1909 y 1912? ¿Qué leía en los diarios y en los libros? (tema a investigar). En México y en Guatemala Sylvanus Morley estaba publicando sobre los mayas, Hiram Bingham había llegado a Machu Picchu y el National Geographic los había difundido a ambos, más al sur Julio Tello se iniciaba en Perú y Juan Ambrosetti en la Argentina. Debía ver que los viejos sabios de escritorio estaban extinguiéndose –entre ellos su Monseñor-, dejando paso a una generación en la que el trabajo de campo era lo importante. En Honduras las ruinas de Copán habían comenzado a ser restauradas en 1899, en México lo era Teotihuacán en manos de Leopoldo Batres, quien desde 1881 lo hacía en forma continua; las inscripciones de la cronología maya habían sido traducidas por Alfred Maudslay, las instituciones como la Smithsonian, el Peabody Museum, la Carnegie o el Museo del Indio Americano funcionaban a pleno en todo el continente y había museos con gran despliegue como el Trocadero. La Sociedad de Americanistas de París tenía casi treinta años de reunir a los especialistas de todo el mundo. En México se había instalado y luego cerrado la Escuela Internacional de Arqueología y Antropología creada por Franz Boas y Eduard Seler, Manuel Gamio estaba formándose. Es decir, Jijón no estaba solo ni siquiera en el área andina y eso era importante; lo supo y lo aprovechó en una actitud académica moderna para su tiempo. La nueva arqueología no solo no cuestionaba la construcción de nacionalismos sino que le dio *veracidad científica* (si es que eso existe) a su campo del conocimiento. Estratigrafía, sistematicidad, detalle, cronología, cosas que generaban problemas y contradicciones con quienes seguían preocupados por las lenguas y las analogías étnicas, o pensar uno u otro hallazgo sin temporalidad alguna, o a los que seguían discutiendo a favor de reinos y personajes míticos. Después de la década de 1920 se estaría de un lado o del otro. Jijón hizo grandes malabarismos entre ambos terrenos y fue cambiando –quizás su trabajo en Manabí fue eso y por lo tanto no se publicó-, pero para que eso cambiara, para el siguiente paso, habría que esperar a que surgiera su contracara académica aunque no social, Emilio Estrada Ycaza en Guayaquil, en 1950, coincidente con la muerte de Jijón.

Esa nueva arqueología engulliría a la anterior, se la apropiaría a la vez que la descartaba como inútil, para construir un pasado neutro, aséptico, en que no se discutiría acerca de los cañaris o los pastos. Todos pasarían a ser horizontes (Max Uhle) y luego culturas sin nombres

²³ Hemos ubicado a dos intelectuales en la misma familia de Loja, uno a inicios del siglo XIX y otro, religioso, contemporáneo de Jijón.

propios, como si fuese una ciencia de laboratorio. Culturas asépticas que entrarían en cuadros de secuencias caracterizadas por fechas y territorios, en cuadrados dibujados que se superponían unos a otros e iban cambiando de lugar para cada quien. Y el indio vivo, que nada tendría que ver con la construcción de su propia historia, sería tema de la antropología o del indigenismo; nunca más sería parte del discurso arqueológico si es que alguna vez lo fue.

1912-1916 y el viaje a Europa

En 1912, con la idea de dedicarse a estos temas, Jijón salió de viaje hacia Europa acompañado por Carlos Larrea, quien sería un conocido historiador, escritor y político. Era el *Petit Tour* tradicional de las familias adineradas privilegiado por su interés histórico²⁴. Viajaron primero a Inglaterra para participar del Congreso Internacional de Americanistas, evento al que concurrían todos los especialistas del Americanismo y en donde se exponían los métodos y teorías que transformaban la manera de pensar el pasado. Permaneció en Europa hasta 1916 y allí se vinculó con Paul Rivet, quien había estado en Ecuador interesado en estudios antropológicos, craneológicos y lingüísticos²⁵. Él los hizo miembros de la Sociedad de Americanistas en París, allí tomaron cursos de historia, viajaron contactando museos e instituciones en España, Alemania y otros países. En ese viaje aprendió los nuevos métodos y maneras de trabajar diferentes a las que había en su país. El arzobispo de Ibarra había sido un pionero para el siglo XIX, notable a escala de América Latina, pero el mundo estaba cambiando y Jijón asumió esa nueva realidad.

Fue durante ese viaje cuando hizo la publicación en Londres de su *Tesoro del Itschimbía*, escrito por haber quedado impresionado por una tumba encontrada de casualidad el año anterior cerca de Quito, incluyendo objetos de oro²⁶. Fue el primer y único “cuadernillo” como dijo en su ya citado escrito, en que el oro deslumbraba, pero nunca hubo el número dos de la serie porque si bien debió servirle de presentación en el exterior ese tipo de publicación representaba la vieja escuela de arqueología. ¿Habría pensado impactar a los europeos con tanto oro y bien editado? Porque para hacerlo tuvo que haberse llevado el material sin editar desde Quito.

Allí inició una buena relación con Max Uhle (1856-1944), el americanista reconocido internacionalmente, que había nacido una previa conexión por cartas. Para ese momento estaba dejando de ser el director del Museo de Historia Nacional de Lima –lo fue entre 1906 y 1911. Su obra *Pachacámac*, publicada en 1903/4, lo había posicionado como relevante personalidad en el plano arqueológico, iniciando el uso de la estratigrafía en América²⁷, aceptando una larga antigüedad a los pueblos americanos. Pero su financiación desde Estados Unidos se puso en crisis por su mala relación, y por la falta de reconocimiento, de sus aportes, hasta quedarse sin opciones para seguir en América. De allí que la relación con Jijón, le permitiera pedirle trabajar con él en Ecuador, lo que comenzaría en 1916 y terminaría en 1933. Para uno era una digna salida económica pudiendo seguir en su trabajo, para el otro el trabajar con Uhle garantizaba ponerse en el nivel académico más alto. Jijón, más tarde, usaría sus métodos al igual que sus hipótesis difusionistas que finalmente sería lo que más retrajo el valor de su

²⁴ La diferencia entre el *Petit* y el *Grand Tour* radicaba en que en el segundo se viajaba a Egipto y Marruecos.

²⁵ Ídem nota 12.

²⁶ J. Jijón y Caamaño (1912). *El tesoro del Itschimbía*, Estudios de prehistoria americana I, Londres.

²⁷ D. Schávelzon (1999). The origins of stratigraphy in Latin America: the same question, again and again, *Bulletin of the History of Archaeology* 9-2:1-10.

contribución a la ciencia. Jijón no entendió que esa visión del pasado estaba perimida, Uhle le traía modernidad y tradición a la vez. Pero es algo que sucede en la ciencia: cambian los paradigmas y la germánica Escuela Histórico-Cultural que se estaba imponiendo tendría su tiempo, por lo que no hay nada que culpar²⁸. En el libro que estamos analizando y que bien leyó Jijón, González Suárez escribió que “no es posible formar conjeturas fundadas en arqueología, sino mediante un estudio comparativo de objetos pertenecientes a naciones distintas y civilizaciones variadas”, siguiendo el difusionismo. Y en la misma hoja escribió que “la presencia de los objetos es el más provechoso de los recursos” en lugar de ver dibujos o fotos, incluso que había que estar en los sitios –aunque fuera excavado por saqueadores-, al contrario de lo que se hacía sin moverse de un escritorio, dado que de otra manera se pierden detalles, “las cosas insignificantes son en la práctica de una trascendencia científica indisputable”. La Introducción de ese libro fue, para González Suárez, la presentación del nuevo método arqueológico; un poco confuso en la manera de hacerlo pero estaba planteando un método aunque fuera para estudiar hallazgos y no aun excavaciones programadas.



Figura 3. Fotografía facilitada por Carlos Manuel Larrea con su colección de cráneos según lo impulsara Paul Rivet a estudiarlos. Tomada por Jijón y Caamaño, en ella aparecen Cristóbal Gangotena y Juan León Mera; posiblemente del año 1920.

El regreso triunfal: 1916-1923

Durante el año 1916 Jijón y Larrea regresaron a Quito con la clara intención de dedicarse a excavar y a escribir sobre estos temas. Eran dos jóvenes sin límites reales en lo económico o en lo académico local, y lo primero que hicieron, recordando el hallazgo de 1911 ya publicado – aunque no fue excavado por ellos-, encontraron en el mismo sitio otras siete tumbas que atribuyeron al incanato. Luego trabajaron en Urcuquí, en donde hicieron específica su adhesión al método estratigráfico y a excavar con controles científicos²⁹. Jijón también excavó en

²⁸ G. Lumbreras (2015). *Maranga, estudios de Lima prehistórica según Jacinto Jijón y Caamaño*, Petróleos del Perú, Lima.

²⁹ J. Jijón y Caamaño (1920). *Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura de la república del Ecuador*, *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* 4-11. Jijón hacía ediciones en forma de libro de sus textos en el *Boletín* lo que hace difícil las citas bibliográficas.

Ambato dos veces y una en Riobamba. Al año siguiente se hizo cargo de la presidencia de la Sociedad en donde fundó el *Boletín*, y por diversos motivos que veremos cambió su interés serrano por la costa del Pacífico.

En 1917 publicó el libro más polémico de su vida, incluso desafiando a su propia pertenencia social, en el que discutía la veracidad de la existencia del Reino de Quito, cosa que ya había hecho su maestro³⁰. Tan grande fue esa polémica que tuvo que retractarse, aunque parece que lo hizo más para mantener su posición social que la científica. Fue tremendo el impacto porque era la base mítica de la nacionalidad y del poder de los hacendados serranos, todo centrado en Quito, que a su vez era donde radicaba el poder de González Suárez y de Jijón. La intención seguramente no estuvo en demoler sino reconstruirlo de otra manera: publicando varios libros sobre el papel de Quito en la independencia, y mostrando la veracidad de la existencia tanto de los cañaris como de otros grupos locales, los que destacaban la importancia de la sierra desde tiempos antiguos. No sería un reino pero sí la zona más desarrollada. Esa polémica le dio un lugar central en la historia local cuestionando un mito fundacional que aún persiste, lo que nos lleva a entender la fuerza del imaginario colectivo. Incluso años más tarde, Uhle, mientras vivía en Ecuador, escribió dando su posición al respecto³¹.

En ese mismo año haría Jijón su primer y corta temporada de excavaciones en Manabí, lugar a donde regresaría en 1923. En el ínterin hizo varias publicaciones lingüísticas e históricas³². Era evidente que el tema de las lenguas seguía presente, algo que se arrastraba del pensamiento antropológico anterior cuando se pensaba que eran la vía segura para la explicación del pasado. Uhle en cambio establecería el nuevo marco del modelo Histórico-cultural, cambiando el eje de la arqueología: para él todo sería útil para demostrar el origen de las culturas americanas con la dispersión de los mayas³³. Esa sería una constante que incluso asumió Jijón³⁴. A la vez se trataba de lograr establecer cuadros de periodicidad temporal con la estratigrafía; es decir establecer la antigüedad americana.

La excavación en Manabí parecería haber sido fructífera, pero por algún motivo no lo suficiente ya que no publicó nada al respecto. Es posible que hubiera vivido allí el malestar político entre sierra y costa, motor de los constantes conflictos del país. Desconozco como sería vista su presencia, pero posiblemente no debía ser grata para el Liberalismo local. Tras regresar a Quito retomó sus excavaciones en la zona serrana que hacía con y sin Uhle; la relación entre ambos no termina de ser clara salvo por su existencia. En los archivos hay

³⁰ J. Jijón y Caamaño (1918). Examen Crítico a la veracidad de la Historia del Reino de Quito del padre Juan de Velasco de la Compañía de Jesús, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 1: 33-63.

³¹ M. Uhle (1930). El reino de Quito, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 10-27/28/29.

³² (1919). *Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador interandino y occidental: con anterioridad a la conquista española*, Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos; (1919). *Quito y la independencia de América*, Imprenta de la Universidad Central. Quito; (1922). *Influencia de Quito en la emancipación del continente americano: La independencia (1809-1822)*, Imprenta de la Universidad Central, Quito; (1919). *La Religión del imperio de los Incas*, vol. I, edición del autor, Quito.

³³ Max Uhle (1922). Orígenes centroamericanos, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 4-9: 1-7; (1922). Influencias mayas en el alto Ecuador, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 4-10/11: 205-240 y 5-12/13/14: 1-3; (1923). Civilizaciones mayoides de la costa pacífica de Sudamérica, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 6-15/16/17; (1923). Toltecas, mayas y civilizaciones sudamericanas, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 7-18:1-33. Publicó dos artículos en 1918, dos anualmente hasta 1922 y varios más incluso su libro de 1927 hecho en secciones denominado: Puruhá, contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia del Chimborazo, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 6/12/14/17 al 26.

³⁴ En Perú, Jijón escribió su primer texto basado a las ideas difusionistas de Uhle: (1930). Una gran marea cultural en el noroeste de Sudamérica, *Journal de la Societe des Americanistes* 22: 107-197.

muchos escritos nunca publicados por Uhle de sus trabajos en Loja, Cuenca, Cañar y Azuay, e hizo un estudio de las ruinas de Tomebamba³⁵, también en Cumbayá, Cuasmal y Cochasquí y en sitios del litoral en Esmeraldas, desde Atacames hasta La Tolita³⁶. Pero Jijón era la cabeza de un movimiento político conservador que lo llevaría a iniciar una revolución armada contra el gobierno de Gonzalo Córdova. Compró armas al exterior y sus guerrilleros hicieron estragos, aunque finalmente fueron derrotados en una de sus haciendas. Ese fracaso lo llevaría exilarse en Perú por varios años.

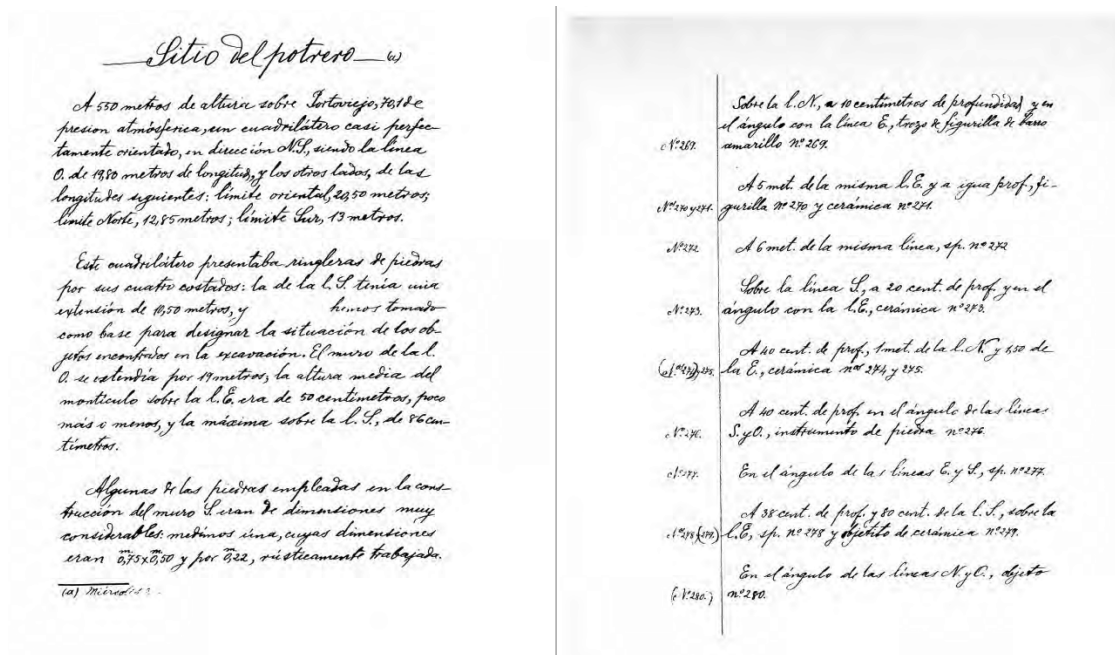


Figura 4. Notas de Jijón en sus cuadernos de excavación en Manabí, rigurosas y con la ubicación de cada fragmento de cerámica (Museo de la Pontificia Universidad Católica de Quito).

Antes de ese enfrentamiento regresó a Manabí para completar sus excavaciones. Hizo un trabajo metódico, lo que se deduce al ver sus cuadernos, aunque jamás publicó sus resultados. Los 3172 objetos extraídos durante su primera temporada son la colección más antigua proveniente de Manabí que se conserva en el país. La información obtenida fue amplia y original, superadora de Saville. Era suficiente para la época, fue realizada con rigor, la cronología y las deducciones eran razonables, incluso sus notas son importantes para reconstruir la antigua zona de los cerros cercanos a Manta.

Carlos Manuel Larrea, que participó de esas campañas, me dijo en 1977 que no se publicó “porque lo que hicimos caducó por otras investigaciones, y que con los sucesos que llevaron a la derrota a Jijón no le interesaba publicar esas viejas aventuras”. Y completó diciendo que “quizás se le olvidó”³⁷. Eran respuestas que no convencían totalmente: alguna razón mayor debió existir para esa actitud. Y quedó en el ambiente de esa entrevista un mal sabor, como si la pregunta que hice no hubiera sido adecuada.

Para imaginar una respuesta digerible para Larrea tenemos que pensar que no era cierto que la información fuese inútil, ya que hasta la década de 1950 en que inició sus trabajos Emilio

³⁵ M. Uhle (1923). *Las ruinas de Tomebamba, conferencia leída por el Dr. Max Uhle en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay*, Academia Nacional de la Historia, Quito.

³⁶ J. Marcos op. cit. (1998).

³⁷ Intento reconstruir las frases de Larrea tal como las recuerdo. Estuvieron presentes Alexandra Lomónaco, Ángel Bedoya y Jorge Salvador Lara. La relación la estableció el Padre Vargas.

Estrada nada de interés se había publicado sobre la región, incluso lo que hizo Uhle no fue trascendente aunque sí nuevo. Por otro lado, el que una persona dedicara meses de tiempo y cantidades de dinero a un trabajo, en una situación política compleja, para dejarlo en un cajón de escritorio, no suena coherente. Y todo se hace más complejo si nos preguntamos porqué Jijón no acompañó a Uhle en sus viajes y excavaciones en la costa³⁸. En el momento creí que esa actitud se debió a la presencia de Estrada en la arqueología costeña, pero cuando entró en contacto con Betty Meegers y Clifford Evans en Estados Unidos en 1953, para iniciar la nueva etapa de la arqueología ecuatoriana, Jijón ya había fallecido³⁹.

Creemos que “la costa”, entelequia regional de la división en tres en concebida dicotómica territorialidad del país, era para ese momento la región del Liberalismo. No debía ser un lugar muy *digno* para su trabajo y cuesta entender porqué lo hizo, ya que no debía ser bien visto y recibido por las elites locales. Más tarde, para su grupo de pertenencia, publicar un libro sobre esa región debería ser criticable. Desde 1924 la costa con Guayaquil a la cabeza se liberó de la sujeción serrana y pasó a transformarse en un centro de exportación-importación independiente de los hacendados serranos. Una burguesía liberal tomó el poder con lo que paralelamente creció un proletariado contrapuesto al campesinado de la sierra. Tan fuerte debió ser la situación personal que en toda su enorme obra escrita en sólo dos libros hizo citas sobre eso, publicados en 1930 y 1951 (éste último fue póstumo), y lo fue en notas intrascendentes y que poco aportaron.

La partida para el exilio en Perú le cortó todo trabajo de campo hasta 1929. En Lima hizo excelentes excavaciones en Maranga⁴⁰, viajó y allí fue en donde llegó a su madurez como arqueólogo.

Uhle se mantuvo en Ecuador hasta 1933 cuando regresó a Alemania y por cierto no fueron los años más destacados de su trayectoria. Pero, quizás por motivos personales, ya no era el Uhle de tiempos anteriores y no pudo hacer en Ecuador una obra como la de Perú, o incluso Bolivia. ¿Tuvo algo que ver su dependencia económica de Jijón? No lo sabemos y sería otro tema a investigar. Jijón seguiría su trabajo político, llegaría a ser alcalde de la ciudad, senador y candidato a la presidencia. Publicó una friolera de libros, algunos de varios tomos, y dejó otros sin editar lo que hizo su familia más tarde.

Recapitulando

Si bien éstas son notas generadas al encontrar un pequeño escrito de Jijón, y no tienen intenciones problematizadas para responder, el penetrar en esos años de la construcción de un campo disciplinar como es la arqueología puede traer ideas nuevas o ayudar a revisar otras. La década de 1910 a 1920, años más o menos, enmarca tiempos de cambio para la arqueología, en un mundo que ya estaba interconectado, no tanto como hoy, pero ya lo estaba. Jacinto Jijón vivió en su juventud ese momento al que si bien le costó mucho adaptarse por el peso de su tradición y de su formación, logró hacerlo. Aunque el resultado fue que el trabajo de excavación más *moderno* que hizo en Ecuador lo dejó de lado, y lo concretó en Maranga, en Perú. Hizo en

³⁸ M. Uhle (1927). Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas, *Anales de la Universidad Central* 38; (1927), Estudios esmeraldeños, *Anales de la Universidad Central* 39; (1931). Las antiguas civilizaciones de Manta, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 12-33/35: 5-72.

³⁹ B. Meggers (1962). Emilio Estrada, *American Antiquity*, 28-1:78-81; J. S. Salvador Lara (1978). La obra científica de Emilio Estrada Ycaza: una visión panorámica, *Apuntes para la historia de las ciencias en el Ecuador*, Biblioteca Ecuador 9: 162-174, Quito.

⁴⁰ (1949). *Maranga: Contribución al conocimiento de los aborígenes del Valle del Rímac, Perú*, La Prensa Católica, Quito.

su vida avances interesantes, publicó estudios de todo tipo, actualizados o que continuaban las ideas y métodos del pasado, creó nuevas redes y generó instituciones para apoyar y publicar la investigación. Le tocó vivir una época compleja por los movimientos sociales y políticos en que él estuvo en el centro, papel que no quiso dejar por la ciencia: su pertenencia social estuvo primera y nadie puede criticar las decisiones de cada individuo. Su aporte es indiscutible. Hoy, analizar la relación entre investigación y militancia, sea para el lado que fuese, es un tema no revisado.

Sin dudas la precocidad del joven que se hacía preguntas antes de los veinte años sobre las ideas de su maestro, es destacable, y trabajó para responderlas. Les daba contestación incluso si sus conclusiones iban en contra de los mitos establecidos al ver que la sierra era tierra de grupos étnicos independientes de cualquier Reino imaginado por los jesuitas al ser expulsados. Y durante los años de exilio y con el fuerte desarrollo que tenía la arqueología en Perú, hizo su trabajo de mayor escala concentrándose en un único sitio y no en todos como fue hasta entonces. Entendió quizás que incluso su país le quedaba grande hasta para él y sus recursos, y cuando puso todo su esfuerzo en un único lugar hizo una obra mayor. La suya fue una vida notable en la historia de la arqueología continental.

Hoy podemos, en una historia contrafáctica, criticar que no vio, o que nadie vio en su momento, que la realidad indígena estaba viva, que se estaba construyendo una historia colonizada, una apropiación incluso un saqueo. Pero eso es algo que entendemos hoy y no tiene valor como crítica al pasado. Aunque me repita, estudiar la relación entre ciencia y activismo político, de derecha o izquierda o lo que fuera, es un camino poco estudiado al menos para la arqueología.